

COLECCIÓN HISPANIOLA, 12  
UNA HORA SOLAMENTE, DE LA ORILLA DEL DÍA

© de los textos, Esther Bendahan  
© Editorial Confluencias, 2016  
[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Diseño y maquetación: Rodrigo Sepúlveda  
Corrección ortotipográfica: María del Mar Domínguez Álvarez  
Impreso en KADMOS, Salamanca, España

ISBN: 978-84-945298-0-1  
Depósito Legal: AL 407-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ESTHER BENDAHAN

---

Una hora solamente,  
de la orilla del día

Prólogo de  
Ángel Wagenstein



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



## ÍNDICE

A modo de prólogo	
Carta de Ángel Wagenstein	7
Un premio no siempre es un Premio	15
Veracruz	21
<i>Popey</i>	27
Me gusta	37
Siempre que nos decimos adiós	
<i>Ev'ry time we say goodbye</i>	43
Fue mi padre... en otra vida	49
Alicia y Yu	59
Caracas en Sara	67
La Esponja	77
La mujer del príncipe	83
Parejas	89
Piel de Vaca	95
¿Qué color de negro?	103

Condecoración	111
Un paso detrás de ti	119
Rosario de madrugada	123
Cabina de montaje	129
Check Point	137
Mirella (Para María Luisa Melgar Caballero)	143
La Marsellesa	149
Jorge	155
Desobediencias	163
Cruce	169
Comisión	175

A MODO DE PRÓLOGO  
CARTA DE ÁNGEL WAGENSTEIN

Querida amiga mía Esther, hermana mía lejana, pero de la misma sangre.

Me permito dirigirme a ti como a una hermana carnal, a pesar de que nos separan siglos, espacios y fronteras y de que hoy vivimos en mundos paralelos tan diferentes. Me lo permito porque antaño mis antepasados y tus antepasados habitaban la misma tierra, comían juntos de su pan y bebían de su vino, cantaban las mismas canciones y profesaban la misma fe bajo nuestro cielo común. Después, el destino nos separó. Pero incluso los matrimonios separados —o las familias separadas— guardan en su álbum espiritual recuerdos comunes, palabras y canciones comunes. Y abrigan la esperanza de que algún día nuestros caminos se cruzarán y de que nos volveremos a encontrar. Y entonces leeremos en los ojos del que vamos a tener enfrente aquel signo místico, imperceptible y subconsciente de que él, el desconocido y lejano, en realidad es nuestro hermano —o hermana— perdidos. Y a pesar de nuestros diferentes destinos, avatares y pruebas, espero que descubramos en alguna parte de las profundidades de nuestra memoria genérica aquellos signos remotos de identidad que más que separarnos, nos enlazan.

Intenté, querida hermana mía, leer tu nuevo libro, escrito, naturalmente, en castellano moderno, pero no pude descifrar el secreto de muchas palabras y pensamientos. Quería penetrar en la esencia del sentido de tu obra, pero pronto me di cuenta de que mi esfuerzo estaba condenado. Era como un hombre que se ha sumergido en las profundidades oceánicas para tratar de conocer aunque sea algunos de los misterios de la vida, pero mucho antes de llegar al fondo emerge jadeante a la superficie por falta de oxígeno. De este modo comprendí una vez más hasta qué punto los siglos nos han separado y han cambiado el idioma en que se comunicaban antaño nuestros antepasados lejanos.

Tenía cifradas mis esperanzas en la memoria genérica, que ha conservado tantas palabras y canciones comunes. Porque es asombroso que durante las centurias pasadas, en que las tormentas de la historia redujeron a arena y a recuerdo pueblos enteros, dinastías e imperios, en mi ciudad, Plovdiv, otrora pequeña, en mi barrio otrora pequeño, perdido en las profundidades del que fuera el Imperio otomano, en nuestra diminuta comunidad étnica, es asombroso pero nuestras abuelas seguían cantando las canciones de su patria ibérica que habíamos abandonado hacía mucho, seguían hablando en la lengua de antaño de su patria de antaño, seguían teniendo por apellidos los nombres de ciudades y sitios españoles que nuestros ancestros habían dejado hacía cientos de años. Es realmente asombroso que hoy puedas encontrar en las tierras balcánicas lejanas para ti apellidos como Toledo, Sevilla, Catalán, Béjar, Córdoba... Incluso hoy día, puedes oír por las calles de mi ciudad natal a ancianos hablando en ese extraño idioma llamado en otros tiempos ladino y en otros judeo-español, como si no vivieran en el siglo XXI sino en el XV y como si no se encontraran a orillas del río Maritsa, sino del Tajo, en Toledo, al otro lado de Europa, por no decir del mundo. ¡Un fenómeno realmente asombroso!

Tal vez para darse orgullo, algunos llaman este arcaico idioma «la lengua de Cervantes». Esto, desde luego, no es cierto. Sería más justo



definirlo como el recuerdo remoto de una lengua hablada por el pueblo durante la época de Cervantes. La lengua de la gente común y corriente de la Edad Media: artesanos, mercaderes, taberneros. En otras palabras, una lengua más cercana a Sancho Panza que a don Quijote. Y, por cierto, bastante lejana de la lengua de tu nueva obra.

Y volviendo a tu libro, me doy cuenta de por qué muchas de tus palabras y pensamientos se me escapan, se me escurren del hueco de las manos como pececitos atrapados por un instante y huidos luego a las oscuras profundidades del recuerdo vago.

Porque realmente lo que yo domino no es más que el recuerdo cada vez más pálido de esta lengua. Tanto tú como yo, y como mis coetáneos, antaño, en nuestra infancia ya lejana, la hablábamos, quizá no tan bien, pero lo suficiente, como para conversar con nuestras abuelas que tenazmente, a lo largo de quinientos años, no quisieron hablar en otra lengua que no fuera aquel español antiguo llamado por ellas la *lingua* de los padres.

Lástima, nuestras abuelas hace mucho que no están, y hace mucho que no tenemos con quién conversar con las palabras de nuestra infancia. El recuerdo de las abuelas y de las palabras se torna cada vez más y más pálido, y hemos empezado a olvidar también las canciones, los refranes y los dichos de nuestros viejos. Es una enorme desgracia perder a lo largo de tu camino por la vida una lengua y sus canciones, como si el implacable tiempo cortara por segunda vez nuestros lazos con España. ¡Y con lo que escribes, querida Esther!

Por eso me siento tan impotente cuando leo tus respuestas a preguntas que no entiendo. O las preguntas, cuyo sentido no comprendo, a causa de la pobreza de mi léxico español. Aun así, me siento feliz de tener hoy en mis manos tu nueva obra, con la sensación de que me encuentro otra vez entre vosotros y me baño en el océano del lenguaje español. Y no con el sentimiento de estar navegando a lo lejos, hacia otras orillas ignotas, sino con la sensación profunda y tranquila de haberme

Ángel Wagenstein

desplazado por un rato a la ciudad vecina, donde viven mis parientes, y hojeo tu libro como cuando, de niño, me asomaba a algún libro de los adultos: en una lengua conocida pero no muy accesible.

¡A pesar de ello me alegro de que después de nuestro efímero encuentro en Jerusalén vuelva a verte en las páginas de tu nueva obra, Estherita!

Deseo mucho éxito a tu libro, creo en él y lo leeré en una edición búlgara. Me alegro de que no nos estemos olvidando y de que estemos, de que esté esta tierra española que ha dado al mundo nombres inmortales y grandes obras.

¡Benditos seáis, tú y todos nuestros amigos del Centro Sefarad de Madrid! ¡Abrazos! ¡Abrazos!

Ángel Wagenstein

*Un hora solamente, de la orilla del día, y a todo está  
dispuesta ya la tierra.*

*Lo que tú añoras, alma mía, dilo.*

*El libro de Horas*

Rainer María Rilke

*Haz penitencia un día antes de tu muerte.*

Pirkei Avot



ESTHER BENDAHAN

---

Una hora solamente,  
de la orilla del día



## UN PREMIO NO SIEMPRE ES UN PREMIO

**E**l sonido del mar agitado sobre la arena, súbitamente, le trae un recuerdo confuso, remoto. Un recuerdo de la infancia anterior a la memoria. Era una tarde de tormenta, hacía muchos años, no se recuerda enfadada pero sí irritada sin motivo; volvió la vista hacia la mesa preparada con la vajilla de porcelana de las fiestas, blanca con el filo plateado, el jamón, el queso; entonces, viendo un cuchillo, se preguntó qué pasaría si se lo clavaba a su hermanita Nerea. Con su bonito pelo rubio peinado en dos trenzas (ella lamentaba que siempre se lo cortaran, a su madre le parecía que el cabello castaño debía llevarse corto), Nerea jugaba en la orilla con su hermano. Eduardo en bañador le tiraba arena, se reían cómplices mientras ella observaba la escena desde la terraza, el mismo lugar donde las hermanas se sientan ahora en esa noche fresca malagueña. No se han visto desde hace mucho, intentan recordar desde cuándo pero no se ponen de acuerdo. Laura cree que desde hace cinco años cuando lo del padre y Nerea piensa que volvió después un verano especialmente caluroso.

La noche es oscura y espesa, las únicas luces que se descubren a lo lejos parecen ser barcos de pesca.

—Me alegra que la casa te la hayas quedado, mantiene el mismo aire cálido familiar de siempre, aunque le has dado tu estilo personal más

moderno, algo frío, pero más cómodo —comenta Nerea encendiendo un cigarro y volviendo la vista hacia el interior de la casa.

Laura observa en silencio su perfil armonioso de barbilla redonda.

Nerea llegó esa tarde y se encontraron directamente en el ayuntamiento, donde tuvo lugar el acto de entrega del galardón que la Fundación Infancia le concedía por sus investigaciones en la detección precoz del abuso infantil. La entrega fue en presencia del alcalde, quien también le otorgó el título de «Hija Predilecta» de la ciudad. Ha adelgazado y se ve que se arregló el cabello especialmente para el acto, Laura no recuerda que su hermana soliese ir a la peluquería, era evidente que ese brillo dorado era profesional. Y le dio rabia haberse ella descuidado precisamente ese día.

—Ninguno de vosotros la quiso, yo en realidad lo hice por... me viene bien, está cerca del centro y en la playa, a cinco minutos del colegio de las niñas. Han abierto un centro comercial a diez minutos, a media hora en coche de mamá. Bueno, para mí es muy cómodo. Pero ya os dije que compraba vuestra parte, no pienses que...

Laura suspira y juega con una cadena fina de oro con colgantes, regalo por el décimo aniversario de matrimonio que acababa de celebrar hacía unos días.

—No te preocupes, no lo digo por eso... me fui lejos demasiado tiempo, necesitaba alejarme. Gracias por venir hoy, no te puedes ni imaginar lo nerviosa que me sentía, no es igual hablar ante tu público que cuando estás en casa. Es..., no sé explicarme, más real.

Nerea piensa que nunca hasta ahora se habían mirado fijamente a los ojos.

—Lo hiciste muy bien... has estado tanto fuera... no es un reproche pero a veces a mí también me hubiera gustado, pero... nuestra madre necesita... juega con la cadena y de repente piensa que esa cadena pesa en su cuello, su vida era un eslabón tras otro de dependencias.



—Lo sé, Laura, nunca podré compensarte, era incapaz de volver. Cuando me divorcié pensé que era el momento, pero para los mellizos ya eran demasiados cambios —comentó mirando el reloj—. Aún son pequeños, no saben bien español. Oye, te queda bien ese corte de pelo cuadrado y el tono rojizo, natural y juvenil.

Nerea lanza la mano acariciándole el cabello, ella mueve los hombros como si le resultara incómoda esa familiaridad, aunque no se retira, nunca ha soportado la proximidad salvo de algunas personas.

La terraza acaba en un porche con vistas a la playa, situado sobre un alto de piedra que permite la vista sobre la arena y el mar, por momentos el silencio es como el mar, encrespado, uniforme.

Se sirven unas cervezas y entran en el salón, los informativos van a dar la noticia. Encienden la tele mientras se quedan de pie apoyadas en una barra que comunica con una cocina de diseño moderno que Laura copió de la revista *Diseño Interior*.

La imagen es nítida, aparece un primer plano de Nerea, Laura cree que se la ve muy joven, el rostro parece más redondeado, aunque el pelo rubio recogido en una coleta le da un aire de profesora universitaria, la camisa blanca que deja ligeramente visible la entrada de su envidiable pecho rompe esa imagen.

«Nunca olvidaré la entrevista a un joven —a la que asistí como estudiante—, al que un testimonio en la tele le evocó su pasado, volvieron sus imágenes atrapadas en el olvido y recordó cómo sufrió el abuso de uno de sus maestros. Y lo cierto es... que sucedió. Fue la luz que te indica hacia dónde seguir, desde entonces no he dejado de escuchar a víctimas y verdugos con la idea de comprender qué sucede en la frágil mente de un niño.»

Laura se estremece al escucharla de nuevo, le parece ahora que en sus palabras hay algo más oscuro.

Tras unas imágenes generales, y una declaración del alcalde, pasaron a hablar del tiempo. Se preveían lluvias, un frente frío llegaba por el norte.

—Muevo demasiado las manos al hablar, intento controlarme, agarrar algo, pero nada —comenta Nerea en tono burlón, luego sonrío cogiendo aire y continúa—. Cortaron lo mejor que aprendí de memoria: «Sé que no puedo evitar que un niño sufra una agresión, pero sí puedo asegurar que mi método va a permitir una inmediata intervención, que el daño no cruce la frontera para quedarse en el lado de la niebla hiriéndole de manera invisible. Cuando se golpea la infancia se rompe en cientos de cristales que circulan por las venas para siempre».

Nerea se vuelve a un público invisible y saluda.

Laura observa ausente, siente una inquietud difusa e incómoda. Quizá es un enfado acumulado. En realidad, ¿qué tienen en común? Pero Nerea se mueve por la habitación relajada y ajena. Laura se pregunta cómo alguien que ha tomado testimonios de hijos de supervivientes de la *sboah*, presos de la guerra civil española, familiares de desaparecidos de Argentina, alguien que ha trabajado con jóvenes afectados por la guerra de Bosnia y quiere viajar a Siria, es indiferente a los problemas urgentes de la familia. ¿Acaso es más importante un asunto por la distancia donde se produce? ¿Dónde estaba cuando su madre se rompió la cadera o cuando le diagnosticaron demencia senil y tuvieron que tomar decisiones?

En el informativo de otra cadena pasan una entrevista que le hicieron seguida del acto:

—Es usted muy joven y ha dedicado su vida al estudio de la infancia. ¿Hay infancias libres de daño? Pregunta una periodista en *off*.

—No, no lo creo, pero hay grados muy distintos. Hemos visto que cuando se vive una violación, ya nada es igual, a pesar de que se olvide. Sin embargo, incluso un pellizco duele con intensidad, pero no se produce el efecto que he llamado: *dolor dormido*.

—¿Fue usted una niña agredida?

Nerea baja los ojos, los levanta un momento, mira a cámara.

—En una investigación hay que apartarse —aunque se parta de allí— de lo privado para encontrar lo universal.

Apagan la televisión y entran de nuevo a la terraza acomodándose en las butacas. Los dedos del aire les remueven el cabello, es agradable, no hace frío.

—Me sentí incómoda, no parecía escucharme y luego me corta bruscamente diciéndome que pasan a comentar el bosón de Higgs.

—Es importante esa noticia —comenta Laura riendo.

—Sí, cada vez encontramos algo más pequeño, así hasta el infinito.

El silencio entre ellas de repente era incómodo. Nerea se contorsiona en el asiento, dobla la pierna derecha sobre la silla y se acomoda sobre ella, se suelta el pelo, mueve la cabeza agitando el cabello y se queda mirando hacia el horizonte.

Laura la observa intentando descifrarla.

—Hay algo que me preocupa... —comenta de repente, pero enseguida se arrepiente y no sabe cómo seguir.

—¿Sí? Si necesitas que... no sé, puedo llevarme a mamá un tiempo, si no es suficiente con lo que envió, yo puedo...

—No, no es eso. Tu discurso...

—Ya.

—No sé, pero en todo momento sentía que había algo, no sé, me vino un presentimiento, como una tristeza repentina, pensarás que estoy loca, yo misma a veces lo pienso, me vienen ideas a la cabeza... quizá es porque no hago nada y tengo horas para pensar.

—No digas que no haces nada, yo creo que la crianza es importantísima, ojalá nuestros padres su hubieran ocupado en serio. Mamá siempre preocupada por papá, imaginando que un día se iría, acompañándole a todas partes, sospechando. Nunca nos enteramos bien, pero debió de ser ese viaje a Argentina, éramos muy niñas para entender qué pasaba,

recuerdo que su mirada era de reproche, se quedaba horas sentada en la joyería vigilante, cada año más gruesa y más triste, tú eres una maravillosa madre.

—¿Qué te pasó? —preguntó algo incómoda por su comentario.

—Quise contártelo, nunca era el momento, y, finalmente, pensé que lo sabrías.

—Me asustas.

—... yo ya le he perdonado a él, pero me cuesta perdonarme a mí. Eduardo y yo no hemos vuelto a hablar de eso, prefiero evitarle, yo tenía once años y por un tiempo lo olvidé, no exactamente olvido sino que lo pensaba sin emoción, como distante. Dejé ese recuerdo congelado.

—Pero ¡nuestro hermano mayor! ¿Once? Él tenía...

—Sí, diecinueve.

—¿Cómo no me di cuenta?

Se callaron, miraron las estrellas en silencio, Laura buscó la mano de Nerea y la apretó, Nerea creyó ver una estrella fugaz, se dijeron a la vez que había que pedir un deseo.

Nerea apartó la mano de Laura para levantar el dedo y dibujar las constelaciones en el aire mirando al cielo, comentaron la noticia del bosón de Higgs. Nerea confesó su deseo de conocer las esferas de Costa Rica que estuvieron siglos y siglos bajo tierra.